

LAS MONICIONES LITURGICAS (IV)

PERE FARNÉS

En el pasado mes de enero nos referimos ya a las moniciones para las lecturas bíblicas (1). Entonces, insistíamos sobre todo en lo que estas moniciones debían evitar: jamás estos formularios, decíamos, deben adelantar lo que luego proclamará, y con mayor autoridad, la propia lectura bíblica. Pero esto es únicamente la cara negativa de lo que deben ser las moniciones bíblicas. Veamos, pues, ahora lo que este formulario puede aportar positivamente a la proclamación de la Palabra. Para una mayor claridad presentaremos esta temática bajo tres ángulos: a) lo que debe aportar la monición en el caso de la lectura continuada; b) lo que debe aportar cuando se trata de la lectura semicontinuada y, finalmente, c) lo que pueden aportar las moniciones cuando se trata de lecturas seleccionadas para una celebración festiva.

1. Las moniciones a la lectura continuada

Partamos de una observación previa. A pesar de que la expresión “lectura continuada” se ha hecho bastante común, la realidad es que de “lectura continuada” en sentido estricto, por más que ella fuera la práctica más común en la antigua Iglesia, en las celebraciones actuales poco queda en realidad. Lectura continuada la tenemos, sí, en la Liturgia de las Horas, en la mayoría de perícopas del Oficio de lectura, y, en la misa, en muchas de las perícopas evangélicas feriales e incluso algunas veces en las dominicales. Pero exceptuados estos dos casos, en la liturgia actual, apenas si se da lectura continuada en sentido estricto. Esta observación es importante pues la manera de redactar las moniciones debe par-

(1) *Oración de las Horas*, enero 1986, pp. 5-11.

tir de postulados parcialmente distintos cuando se trata de lectura continuada y de lecturas que no lo son.

Si nos preguntamos qué debe perseguir o en qué puede ayudar la monición previa antes de una perícopa, cuando se trata de lectura bíblica continuada, hemos de decir que estas moniciones deben redactarse sobre todo en vistas a intensificar la relación de continuidad entre el escrito bíblico en su conjunto y la perícopa concreta del día; o bien, entre la lectura del día y el fragmento que se proclamó en la celebración anterior. Recaltar esta relación puede ser sugestivo para la asamblea y, por otra parte, no compromete, en absoluto, el contenido de lo que luego dirá la lectura. Ni invade tampoco el ámbito de la homilía que aplicará el texto a una plegaria contemplativa del misterio o a la conversión de vida de los fieles. En el fondo, la función de esta monición es decir: "En los días pasados Dios nos ha venido recordando que...; Dios nos exhortó a...; Dios nos anunció que...; Ved cómo sigue aquel anuncio, cómo las actitudes que asumimos en la última celebración nos conducen por nuevos derroteros...; escuchemos cómo aquello que, guiados por Dios, asumimos ya ayer (el domingo pasado) tiene aún exigencias nuevas..."

Si el fragmento del día se sitúa de esta forma en el "lugar" exacto que le corresponde en el interior del escrito bíblico, habremos conseguido algo importante: dar a la lectura su propio y verdadero realce y habremos clarificado lo que Dios va diciendo progresivamente a su pueblo, día tras día, celebración tras celebración. Dicho de otra forma: la monición habrá logrado interesar a la asamblea a una escucha más atenta de la lectura sin adelantar su contenido ni adentrarse en la temática de la homilía.

Unas moniciones de este tipo, a la larga, influirán en que se vaya asumiendo progresivamente el contenido objetivo de la misma Revelación y ayudarán a que se descubra y se viva en la plegaria lo que el mismo Dios ha querido anunciar a su pueblo. Dicho de otra forma: unas moniciones de este género están llamadas a celebrar la Palabra en sí misma y a ahuyentar el peligro de un subjetivismo siempre amenazante que tiende a convertir el mensaje de la Palabra en meras visiones personales, ajenas a veces, o por lo menos lejanas, de lo que Dios ha querido anunciar a su pueblo. Unas moniciones de este tipo son, pues, la mejor ayuda para adentrarse progresivamente en la vivencia orante del mensaje íntegro de cada uno de los escritos bíblicos. De aquí la utilidad y la importancia —la necesidad incluso— de unas moniciones de este género. Con la condición, eso sí, de que estas moniciones sobrepasen el mero ámbito de lo informativo y tiendan a intensificar la contemplación del misterio en un contexto de oración.

2. Qué es la lectura semicontinua

Antes de tratar de la función que deben tener las moniciones en la lectura semicontinua, debemos clarificar en qué consiste exactamente

esta lectura semicontinua. Empecemos diciendo que la lectura semicontinua es, de hecho, un "invento" de la liturgia posterior al Vaticano II. O que, por lo menos, es a partir de la reforma litúrgica cuando este modo de proclamar la Escritura se convierte, sobre todo en lo que respecta a las lecturas de la misa, en la práctica más habitual. En efecto, la práctica de leer los capítulos íntegros de la Biblia de una manera seguida se conservó en el leccionario del Oficio hasta bien entrada la Edad Media (2). Pero cuando más tarde dejó de comprenderse el latín, las antiguas y largas perícopas resultaron cada vez menos interesantes y, por ello, se fueron acortando progresivamente. Y fueron precisamente estas lecturas arbitrariamente recortadas —arbitrariamente porque sólo se conservó el antiguo inicio de la lectura de cada uno de los días, con el solo fin de lograr un texto más breve— las que figuraron, a partir de la Edad Media y hasta la reciente promulgación de los nuevos Leccionarios del Vaticano II, en los Misales y Breviarios del rito romano. A partir, pues, de los inicios de la Edad Media, los libros litúrgicos sólo ofrecían el comienzo de las antiguas perícopas de cada día. Los textos, por tanto, que figuraban en el Misal y el Breviario romano distaban mucho de ser los más significativos y no fueron tampoco perícopas escogidas adrede para exprimir el espíritu de los diversos tiempos y fiestas del año litúrgico (3).

Ante el hecho, pues, de un Leccionario tan pobre e hijo casi exclusivamente del azar, al Vaticano II sólo le cabían dos posibilidades correctas: o retornar a la antigua práctica de una lectura íntegra de todos los libros bíblicos, u optar por una selección de las partes más significativas de cada uno de ellos. Un retorno a la práctica primitiva de lectura íntegra tropezaba, sobre todo si se piensa en la celebración eucarística, con los hábitos ya seculares de unas perícopas relativamente breves; que cada una de las lecturas estuviera formada por varias páginas de la Escritura apenas era imaginable en el contexto actual: un retorno de este género hubiera obstaculizado incluso una escucha atenta de la Palabra. Por otra parte, decidirse por una selección de unas páginas, juzgadas más densas y ricas, de la Biblia jamás se había hecho en la Iglesia y podía resultar, por lo menos a primera vista, un tanto arriesgado, aunque también promotor de grandes ventajas.

Ante estas perspectivas el Concilio optó claramente y con valentía por una selección de los textos más significativos para los Leccionarios de

(2) Cfr. en ANDRIEU *Les Ordines Romani*, Louvain 1948-1961, los diversos Ordines que tienen referencia a las lecturas del Oficio.

(3) Es interesante a este respecto dar una ojeada a la lectura de los profetas tal como se presentaban en el breviario de S. Pío V, durante las últimas semanas del año litúrgico: sólo aparece el encabezamiento de cada profeta sin que se ofrezca, en cambio, casi nada del contenido del mensaje de otros libros.

la misa (4) y sugirió, por lo menos implícitamente, el retorno a una lectura moralmente íntegra de los libros bíblicos para el Oficio Divino (5). Veamos a este respecto cómo se expresa la Constitución de liturgia con referencia a las lecturas de la misa:

A fin de que la mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que en un período determinado de años, se lean al pueblo *las partes más significativas* de la Sagrada Escritura (6).

En este texto, aparentemente tan sencillo, tenemos en realidad el acta de nacimiento de la lectura semicontinua hoy tan usada y sin duda tan importante para la vida de oración del pueblo. Al proclamar explícitamente que en la Escritura se dan “partes más significativas” que son las que deben formar el Leccionario de la misa nace un nuevo género de Leccionario desconocido hasta ahora. Para la misa, pues, se decreta una lectura que no será ni el texto íntegro de la Biblia (lectura antigua) ni los simples inicios de las antiguas perícopas (Leccionarios de antes de la reforma litúrgica), sino la nueva lectura semicontinua.

Con referencia, en cambio, al Leccionario del Oficio, el Concilio se pronunció —o por lo menos sugirió— una lectura moralmente íntegra al modo como se procedía en la antigüedad; éstas fueron las palabras de la Constitución de Liturgia:

Ordénense las lecturas de la Sagrada Escritura de modo que los tesoros de la Palabra Divina sean accesibles *con mayor facilidad y plenitud* (7).

Decimos que el Concilio sugiere por lo menos para el Leccionario del Oficio una lectura íntegra de toda la Escritura, porque en el texto citado se indican dos características que suponen una lectura, por lo menos moralmente íntegra: en efecto, para el Oficio se pide que se haga una lectura más completa (*pleniore amplitudine*) y más fácil (*expedite adiri possint*); expresiones que suponen, por lo menos comparativamente con las lecturas de la misa y de las otras celebraciones, una lectura más completa, es decir, que tiende por lo menos a ser íntegra.

Es interesante a este respecto subrayar —muchos quizá no lo habrán advertido y este detalle puede significar una valoración importante de las perícopas del Oficio de lectura— que mientras para el Leccionario de la misa alude a una lectura selectiva (*praestantior pars*), para el Leccionario del Oficio se pide una lectura más completa y más fácil. Ahora bien: una lectura “más completa” sugiere la lectura continua frente a la semicon-

(4) *Sacrosanctum Concilium*, n. 51

(5) *Sacrosanctum Concilium*, n. 92, a)

(6) *Sacrosanctum Concilium*, n. 51.

(7) *Sacrosanctum Concilium*, n. 92, a)

tinua de la misa; también la expresión “más fácil” alude a esta lectura más amplia; en efecto, resulta a todas luces más fácil seguir una lectura íntegra que una lectura en la que se omiten, para mayor brevedad, algunos incisos; es por ello por lo que decimos que el Concilio insinúa por lo menos una lectura continua para el Oficio Divino, mientras para la misa decreta una lectura selectiva o semicontinua.

Digamos para finalizar que la lectura semicontinua, al seleccionar algunos pasajes más significativos de cada libro suprimiendo los secundarios, se parece a los Leccionarios festivos que escogen lecturas propias aplicadas a la celebración concreta; pero que, por otra parte, al seguir dentro de cada libro el orden interno de capítulos y el dinamismo de cada libro se asemeja a la lectura continuada de la Escritura. Por ello la lectura semicontinua podemos decir que está a medio camino entre la continua y la antología de textos propios. En el Leccionario del santoral y en algún otro caso, la selección de perícopas se opera con entera libertad; en la lectura semicontinua, en cambio, esta selección respeta el dinamismo progresivo de cada libro bíblico. Se omiten ciertas partes, pero lo que se lee se proclama siguiendo el orden y la dinámica propia de cada escrito.

3. Las moniciones a la lectura semicontinua

Clarificada la naturaleza de la lectura semicontinua, veamos ahora cuál es la finalidad de las posibles moniciones a la misma. Lo primero que debe afirmarse es que estas moniciones tienen una funcionalidad bien parecida a la que tienen las moniciones a la lectura continuada: como tanto en uno como en otro caso se trata de ambientar un conjunto de lecturas con temática común, la monición debe subrayar la relación que media entre la perícopa que va a proclamarse y los fragmentos ya leídos, o entre la perícopa del día y el trasfondo del libro al que la lectura pertenece. De ello ya hablamos al referirnos a las moniciones en torno a la lectura continuada.

Pero, además de esta finalidad común con las moniciones a la lectura continuada, la monición a la lectura semicontinua, en algunas ocasiones por lo menos, puede presentar otra faceta interesante: la de resumir *algo* del contenido del escrito bíblico que el Leccionario litúrgico ha omitido, por una u otra razón, las más de las veces sólo para no alargar en exceso la lectura litúrgica del día. Intencionadamente hemos subrayado la palabra “algo” porque al proyectar una monición con esta finalidad hay que proceder con suma discreción y sin perder de vista que lo que persigue la lectura litúrgica no es nunca hacer una clase de Escritura, sino ayudar a la contemplación de las maravillas de Dios y la llamada a la conversión. Todo lo que intensifique la contemplación orante del texto y la captación más plena del mensaje, si ello puede hacerse con breves insinuaciones, resultará interesante para una monición. Pero si se sobrepasara

este objetivo sería excesivo y, en el fondo, convertiría la monición en una nueva lectura.

Para preparar unas moniciones de este género —este extremo es tan importante como evidente— se necesita conocer bien el escrito bíblico, alejar todo deseo de explicar lo que la perícopa ya dice, renunciar a explanar con detalles lo que el Leccionario, por una u otra razón, omite y limitar la monición a una función de simple enlace de textos y clarificación de lo que después el lector proclamará; y ello por medio de un discreto recuerdo de las partes ya proclamadas en las celebraciones precedentes, o bien con una breve alusión-resumen de lo que el Leccionario ha omitido y resulta clarificador del texto que será proclamado.

Una larga monición que viniera a decir todo lo que dice el libro bíblico y que el Leccionario ha omitido, sería convertir la lectura semicontinua en continua con todas las desventajas que este cambio tendría y sin ninguna de sus ventajas: al incorporar estas largas moniciones tendríamos, en efecto, una celebración tan larga y llena de ideas como si se proclamara la totalidad de un texto juzgado demasiado largo y, por otra parte, obligaríamos a la asamblea a escuchar una larga explicación, cuyo valor objetivo sería muy inferior al mismo texto bíblico al que se ha renunciado.

Unas moniciones a la lectura semicontinua siguiendo estas líneas tendrán, sin duda alguna, las mismas ventajas a las que ya nos hemos referido más arriba al tratar de las moniciones a la lectura continua (cf. apartado núm. 2). Y además pueden resultar incluso más útiles y más interesantes aún, por cuanto al servicio de relacionar las perícopas entre sí, añaden la faceta importante de suplir, en cierto modo, lo que el Leccionario omite a veces sólo para no desproporcionar la extensión de la perícopa litúrgica y del conjunto de la celebración. Con ello estas moniciones pueden ayudar a un conocimiento y a una vivencia más completa del conjunto del mensaje revelado.

4. La lectura seleccionada para determinadas celebraciones

Junto a la práctica más habitual de la lectura continua o semicontinua, en determinados días, se leen también en la liturgia algunas perícopas bíblicas que no forman parte de ninguna secuencia seguida de un libro de la Escritura.

La práctica de leer perícopas “autónomas” no es ciertamente primitiva pero sí muy antigua. Ya en la liturgia sinagoga de Israel se había asignado determinados pasajes bíblicos para algunas celebraciones concretas. Muy pronto siguió también este uso la liturgia cristiana. Quizá la selección más antigua —ciertamente la más universal y la más interesante desde un punto de vista teológico-litúrgico— sea la antología de lecturas de la Vigilia pascual. Algunas de ellas las encontramos en todos los

ritos orientales y occidentales, y ello es prueba de que la selección se había fraguado antes del nacimiento de las diversas liturgias, es decir, antes de la paz de la Iglesia (313). Las más universales de estas lecturas de la noche de Pascua son: Gn 1 (creación del mundo); Gn 22 (sacrificio de Isaac); Ex 12 (inmolación del cordero pascual); Ex 14 (paso del mar Rojo). He aquí, pues, una "selección" de lecturas que tienden a tipificar el sentido de la Pascua cristiana y que ya existía, sin duda alguna, en los primeros siglos de la Iglesia.

En la liturgia romana actual —la de después del Vaticano II—, la selección de lecturas tiene lugar principalmente en las solemnidades y fiestas y en las misas rituales. También se da, con referencia a la perícopa del Antiguo Testamento que se "selecciona" con relación al Evangelio del día, en los domingos del tiempo ordinario y en las primeras ferias del tiempo de Adviento, en las que el Evangelio se selecciona en relación con la lectura de Isaías y en algunas otras pocas ocasiones.

Desde luego que, como consecuencia del retorno a la lectura continua y de la introducción de la semicontinua, la práctica de escoger determinados fragmentos bíblicos relacionándolos con la celebración del día, hoy es menos frecuente que antes de la reforma. Según el misal de S. Pío V, en efecto, casi todos los días la epístola y el evangelio eran perícopas escogidas en relación con el santo que se celebraba. Y antes de la reforma de S. Pío X (a principios de nuestro siglo) lo mismo acontecía, casi a diario, con referencia a las lecturas de Maitines (así se llamaba el actual Oficio de lectura). Hoy, en cambio, escoger determinadas lecturas en vistas al santo que se recuerda o al tema de la celebración es un proceder más bien excepcional, porque se tiene más respeto y consideración a la Palabra en sí misma; por ello hoy la Palabra se utiliza menos para iluminar temas y se celebra más en sí misma.

5. Las moniciones a la lectura seleccionada

Cuando se proclama un texto bíblico aislado del libro del que forma parte —éste es el caso de las lecturas seleccionadas— la monición introductoria tiene multitud de posibilidades y, en cierta manera, resulta más necesaria o, por lo menos, más útil que en la lectura continua o semicontinua por cuanto el texto bíblico, fuera de su propio contexto, tiene mayor necesidad de ser ambientado.

La primera posibilidad que puede darse a esta monición es la de situar la perícopa en relación a la fiesta que se celebra, es decir, presentar el porqué en un día concreto se lee una determinada lectura. Por ejemplo, el día 29 de junio cabría presentar la segunda lectura sugiriendo que, como se está celebrando no sólo la muerte de Pedro, sino también la de Pablo, por ello, después de haber escuchado la liberación de Pedro, se va a proclamar un texto de Pablo anciano, cercano ya a la muerte, que nos

revela sus sentimientos ante la perspectiva de su inmediata partida de este mundo. Dicho esto —sin añadir nada del contenido de lo que va a declarar el apóstol, pues de lo contrario la lectura resultaría ya menos interesante— la perícopa proclamada con unción y con una cierta solemnidad, cobrará un gran realce e interés: la monición habrá logrado con ello su verdadera finalidad.

Otra posibilidad es la de insinuar la intencionalidad del escrito. Así, por ejemplo, la lectura de Gn 2 (creación de la mujer) en una misa de matrimonio podría insinuar que se va a proclamar un texto, de fondo más parabólico que histórico que, ante la situación de dominio de la mujer por el hombre, proclama que el plan de Dios es otro: la de admiración y reconocimiento de la radical igualdad del hombre ante la mujer.

En esta misma línea cabría que la monición clarificara eventualmente —es otra posibilidad interesante— el sentido de alguna expresión concreta del texto que no resulta de fácil captación a primera vista. A veces una simple nota breve de este tipo logra que la lectura resulte más inteligible y suscite incluso interés. Por ejemplo, en la misma lectura de Gn 2 proclamada en las misas de matrimonio, puede resultar oportuno insinuar no sólo que el texto es más una parábola que una historia, sino también que la expresión “poner nombre” era sinónima, cuando se escribió este texto, de “tener dominio sobre”. Con una simple nota de este tipo la proclamación del texto sagrado resultará más inteligible y más sugerente en vistas a la celebración del matrimonio.

Pero todo ello con brevedad y con unción, alejando toda apariencia de explicación académica y evitando también toda aplicación del texto a la vida si luego ha de seguir la homilía. No debe olvidarse nunca que estas moniciones están llamadas a “servir” el texto, no a suplantarlo.

Hasta aquí hemos tratado del contenido de las moniciones a las lecturas bíblicas, moniciones desconocidas ciertamente en la antigüedad pero presentes en el uso litúrgico actual. En un próximo artículo trataremos del cuándo, del cómo, del dónde y del quién debe hacer estas moniciones a la lectura bíblica. También estos aspectos pueden influir positiva o negativamente para que la monición realce la lectura y no la suplante.